

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 28 DE ABRIL

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## La civilización manual <sup>(1)</sup>

Londres, 1921.

La creencia es general entre doctos e indoctos que el caudal de ideas, sentimientos, aspiraciones, comodidades físicas y leyes morales, de que se compone ese valor histórico denominado civilización, es obra exclusiva del cerebro humano.

De cierto punto de vista la eficacia fundamental y única de la masa gris en la creación de valores de cultura parece ser un hecho incontrovertible. Los órganos de los sentidos llenan su cometido en los vertebrados por medio del cerebro y son incapaces de ejecutar su tarea de presidir a las funciones de relación, si el cerebro no existe o si adolece de ciertas enfermedades. Se puede reemplazar en el ojo el cristalino; llegará el día en que se pueda reemplazar el humor vítreo y acaso la retina; pero es problema mucho más complicado el hallar un sustituto para las circunvoluciones. Con todo, la misión del cerebro en la creación de las grandes obras morales de que se ufana el hombre de nuestros días, la intervención de la misma viscera en los grandes inventos materiales de los últimos siglos, son menos exclusivas de lo que uno pudiera imaginarse.

Hay un órgano regido sin duda por el cerebro, cuya participación en las creaciones morales y materiales de la civilización es visible, eficacísima y, en ocasiones, superior a las insinuaciones del órgano que la rige. La mano del hombre ha tenido en el desarrollo general de las diversas civilizaciones un influjo capital y en mi humilde opinión definitivo. La civilización es, por lo tanto, más bien que cerebral, primera y radicalmente manual.

San Gregorio Magno simboliza la vida activa en la existencia de Lía, la vida contemplativa en la historia de Raquel; y Alighieri, poseedor de todo el saber teológico de su tiempo, hace decir a la primera mujer de Jacob, que, como se sabe, era tierna de ojos y no nada hermosa:

*io mi son Lia, e vo movendo intorno  
le belle mani a farmi una ghirlanda*

El mismo poeta del purgatorio designa por los ojos el carácter contemplativo de

(1) Fragmento de una conferencia dictada en el Centro Español de Londres.

la bella Raquel; y Lía señala en el poema sacro, la diferencia entre las dos hermanas, diciendo:

*Lei lo vedere, e me l'ovrare appaga.*

Acaso para afirmar la virtud de las manos de Lía quiso Dante hacerlas bellas y ligeras y activas, en contraposición a la cara, de cuya insignificancia hay testimonio en las candorosas descripciones del Génesis.

Todas las especies vertebradas tienen cerebros, solamente el hombre y los antropoides tienen verdaderas manos; pero en el caso del mono la mano no ha dejado de ser todavía órgano de locomoción, y por lo tanto no merece el título de tal: fáltale la suavidad y la inteligencia de la humana. La civilización empezó el día en que uno de los antropoides adquirió la capacidad de sostenerse siempre en las extremidades inferiores, y libertó de esa manera y de un modo completo la mano espiritual y fecunda. Mien-

tras el hombre o su antecesor (que seguramente no fué el mono, ni ninguna especie contemporánea conocida), anduvieron en cuatro pies fueron esclavos serviles de la materia. Libertando las manos adquirieron el dominio de sí mismos y empezaron a hacer efectiva la supremacía sobre las otras especies.

La mano vino a ser un nuevo sentido capaz de reemplazar a casi todos los demás órganos de relación. En el ciego, la mano llega a reemplazar con grande eficacia a los ojos. Con excepción de la sensación de color, todas las demás funciones del ojo puede ejercerlas la mano; con ella podemos percibir y apreciar las formas de modo más preciso y real que con el sentido de la vista. En rigor, la mano fué el instrumento con que el hombre se dió cuenta de las distancias; ella contribuyó desde el principio a rectificar para los ojos las imágenes deformadas que llegan a la retina. Fué la mano la que les enseñó a los ojos que el círculo toma la forma de una elipse o de una línea recta, según la posición en que nos coloquemos.

(Pasa a la página 84)

## Armas al hombro contra la ignorancia

INMEDIATAMENTE después de haber restaurado el orden, el esfuerzo más grande de la administración Obregón en México ha sido la educación. Y la educación, todos los que conocen el país están de acuerdo, es su exigencia mayor. El hombre que ha inspirado e iniciado una de las más admirables campañas contra la ignorancia en la historia de este hemisferio, es José Vasconcelos, Ministro de Educación de México.

«El ochenta y cinco por ciento de los mexicanos es analfabeta, me dijo Vasconcelos, pero este es un cálculo aproximado, pues se carece de estadísticas exactas». Y este hecho es la historia de la tarea que él ha arrosado. Es la esencia del problema de México. Es la medida de su degradación. «Las dos aspiraciones primordiales de la revolución, me dijo, fueron la educación y la tierra».

Durante los treinta y cuatro años de Porfirio Díaz el presupuesto federal de educación nunca excedió de ocho millones de pesos mexicanos. La administración Carranza

lo redujo a seis millones y mucho de eso nunca llegó a su destino. El año pasado el gobierno de Obregón destinó cuarenta y cinco millones, reducidos a unos treinta a causa de la reanudación del pago de la deuda nacional.

El ochenta y cinco por ciento de analfabetas no revela toda la historia. Agréguese a este cuadro el ochenta y cinco por ciento de miserables, medio hambrientos, andrajosos; ignorantes no simplemente de las letras sino de los más esenciales principios de vida, faltos de toda noción de higiene. Imagínese que la mortalidad de la ciudad de México, con su clima extraordinariamente saludable, fué mayor, en el último año del gobierno de Díaz, que la de cualquiera otra de las grandes ciudades del mundo. Imagínense vastas secciones rurales que nunca conocieron una casa de escuela. Imagínense enormes extensiones de montaña y llanura en cuyas aldeas se hablaban únicamente dialectos indios, y en donde las actividades nativas oscilaban entre la caza y la pesca y una agricultura